

rreno Abascal es realmente demoledor. No queda títere con cabeza. Y nunca mejor empleado lo de títere.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA.

**García Serrano, Rafael: CANTATAS DE MI MOCHILA (\*)**

El escritor navarro Rafael García Serrano murió el 12 de octubre, día de la Hispanidad, de 1988. En sus obras, de prosa admirable —olvidadas hoy en gran parte por razones políticas, y por la envidia, la cobardía, el odio y la infidelidad, corrientes en España y, más aún, entre los «intelectuales»—, en sus obras, digo, tantas veces laureadas, García Serrano subrayó, especial y precisamente, las virtudes contrarias a aquellas malas cualidades españolas; esos «demonios familiares», decía Franco, que nos conocía bien. En efecto, García Serrano, en casi todas sus obras, destacó las virtudes de la generosidad, el valor, el amor y la lealtad; todas estas aparecen constantemente dignificadas, enaltecidas, casi en cada una de las páginas de sus novelas, crónicas, ensayos y artículos periodísticos. Desde «La fiel Infantetería», hasta «La gran esperanza», pasando por «La ventana mira al río», «Cuando los dioses nacían en Extremadura», y el estupendo «Diccionario para un macuto», uno de los mejores libros que se han escrito sobre la guerra española 1936-1939, García Serrano cantó todas y cada una de aquellas virtudes; precisamente las que predominaron en su generación: la de la Guerra de Liberación de España.

Pues así la entendió García Serrano, como trasfondo de toda su obra literaria y aun de toda su vida. Al final del libro aquí recensionado, escribe Jaime Campmany: «La entendió (la guerra dicha) como una fiesta de purificación, casi como un encuentro a muerte entre canciones y esperanzas [...]. Pudo ser (García Serrano) un deslumbrado o, tal vez, un iluminado; pero para ser fanático le sobraba la ternura y el amor y la comprensión hacia los que defendían las otras banderas». Sin embargo, pienso yo que le traté bastante, para ser iluminado o fanático, a Rafael García Serrano le sobraba la esperanza; pues siempre la tuvo en su mente y en el corazón, aun en los momentos en los que, paradójicamente, parecía escribir «con desesperanza». La razón de ello pudiera encontrarse en un pensamiento de Fray Luis de León en su admirable traducción del *Libro de los Cantares*: «No pierde

(\*) Ed. Movierecord-Ediciones, Madrid, 1992, 246 págs., Sebastián Elcano, 30. 28012 Madrid.

la esperanza el amor, aunque no halle nuevas de lo que busca o desca; entonces se enciende más».

Efectivamente, García Serrano fue un gran enamorado de España. En sus últimas obras, por ello, campea y sobresale la esperanza, la «gran esperanza», aunque su autor pareciese desengañado de una España que abandonaba unos valores y unos principios que, en siglos pasados y aún en este siglo xx, la hicieron grande y respetada. Mas el autor no reniega de ella, de España. «A la Patria se la quiere con razón y sin razón, como al padre y a la madre», frase que pudo muy bien hacer suya García Serrano. De ahí que tal amor, irrazonado si se quiere así, lo conjugó con la esperanza en el resurgir español; y estas son las claves —el querer y el esperar— de todos sus trabajos literarios; también en éste libro.

Comenzó a escribirlo en 1986, e iba a formar parte de una tetralogía de libros de autores navarros destinada a conmemorar el 50.º aniversario del Alzamiento en Navarra. «Una conmemoración —se dice en el Prólogo de este libro— que no iba contra nadie y tan sólo pretendía dejar un testimonio del porqué, del cuándo y del cómo Navarra 'se alzó y cubrió los frentes de combate'. Y ello a través de los recuerdos de quien fue delegado regional de los requetés navarros —Antonio de Lizarza Iribarren: «Memorias de la conspiración»; de un voluntario, cabo requeté entonces —quien escribe estas líneas: «En la Primera de Navarra»; del que fue, entonces también, oficial de uno de los famosos Tercios de Requetés y luego maestro de juristas y humanistas, Alvaro d'Ors: «La violencia y el orden»; y, finalmente, el de un falangista navarro Alférez Provisional de Infantería, luego escritor laureado, Rafael García Serrano: «Cantatas de mi mochila».

El material reunido por el autor para este libro era abundantísimo. Con el fin de mantener una línea coherente con la conmemoración del 19 de julio de 1936 en Navarra, en su 50.º aniversario, y para poder empastar mejor los escritos que García Serrano destinaba a este volumen —unos completamente terminados y otros sólo esbozados— hubo de abandonarse parte de aquel material, como se dice en el Prólogo. No obstante, el libro recoge casi todas las canciones del Ejército nacional; de «los nacionales», se diría ahora (aunque entonces, y para los dos Ejércitos en contienda, uno fue siempre «el Nacional» y el otro «el Rojo», más adelante camuflado de «Republicano»). En la primera parte, de las tres en que se divide este libro, además de tres trabajos inéditos («La cena de los veteranos», «La marcha de Caesar» y «19-20 de julio de 1936: Una noche en autocar»), García Serrano recoge

y glosa las que denomina «Las canciones bisabuelas» y «Las canciones abuelas». Son las canciones de los Tercios viejos (los de Flandes y el Milanesado), y las de «la francesada», de la guerra de la Independencia, a las que se añaden, también como «abuc-las», las de las guerras de África y las carlistas. Son, casi todas ellas, canciones —dirían en la Ribera navarra— «desgarradas» y, también, «políglotas»; es decir, con letras en «volapuk», o en un «papiamento» europeo que por lo que parece se da bien a los soldados españoles en todo tiempo, desde el siglo XVI a hoy; y que, pudiéramos subrayar con García Serrano, tal vez tengamos que utilizar dentro de poco en la «babel» autonómica en que se nos está convirtiendo España. Pero en aquellos tiempos, hasta los soldados catalanes soñaron con el rescate de Gibraltar para España. En el sitio puesto a la plaza fuerte por don Antonio Barceló, marino mallorquín, los catalanes le cantaban: «Barceló, Inglaterra / Se bol burlá de mi. / Lin declaro la guerra / Li a entablat a di/ Pero ana asitia / Al fort de Gibaltá / Su Magestad Real / Que tots la aben de serví / Si la causa es igual / Primer aben de mori /».

La segunda parte del volumen, la integran las canciones de la guerra española de 1936-1939. El origen, el desarrollo y, por supuesto, la letra de esas canciones que en aquellos años entonaron todos cuantos vivieron en la España nacional, y muchísimos (¡y con que emoción y peligro!) de los de «la otra España, la roja»: El himno nacional; el de Falange Española (tal vez el de mayor aliento poético de todos, al que acompañaba la música, alegre y guerrera, del Maestro Tellería); el de Oriamendi; las canciones de las Banderas de Falange, de los Tercios de Requetés, de las Brigadas navarras y las del Tercio (La Legión), componen un friso estupendo, así como las glosas —llenas de contenida emoción— de García Serrano a cada una de dichas canciones. Particularmente entrañables las glosas a las «Canciones para la nostalgia» y la de los «Villancicos de guerra». Y absolutamente original, para mí al menos, la «cantata» de don Joaquín Larregla, el famoso músico navarro, titulada «Ante la tumba de un requeté (Meditación lírica), de la que se reproduce la música. En esta parte, algunas de las glosas se han tomado de otras obras de García Serrano, sobre todo del «Diccionario para un macuto»; otras son de autores como Manuel de Góngora, con su poesía «Las Brigadas de Navarra»; finalmente, en algunas, especialmente en las «Canciones del Tercio», García Serrano recuerda en varios pasajes a Luis Santamarina, falangista y, antes, legionario de pró, así como prosista insigne. (Entre las canciones de la Legión, se re-

produce también un gracioso pastiche del «Novio de la muerte». Se trata del «himno de Lezama-Leguizamón», nacido en «Las Pocholas» y cantado con humor y alegría en el famoso restaurante).

La tercera parte recoge bastantes de los trabajos periodísticos de García Serrano en sus últimos años. Como subtítulo, el de «Recuerdos de un español olvidado». Estos trabajos se agrupan: algunos en torno a escenas y personas de la guerra de Liberación (así, por ejemplo, «Los desfiles», o «Viriato», sobrenombre este último de don Carlos Ruiz García, jefe de la Primera Bandera de Falange de Navarra, una de las unidades más condecoradas del Ejército nacional); o, como los trabajos finales, en torno a Navarra, «¡Aquella Esparta de Cristo!», que así la calificó Eugenio Montes y la recalificó García Serrano. Casi todos los artículos referentes a la región navarra se publicaron en *El Alcázar* entre los años 1982-1986, año de la muerte del autor. Tal vez sea en estos artículos donde brille con más intensidad su deseo de «convertir el desencanto en motor de nuestra esperanza»; así como esa nostalgia buena —la que lleva a ser mejores— de García Serrano. El artículo final de esta tercera parte se titula «Los últimos provisionales»; los que quedan de aquella floración de jóvenes —los Alféreces Provisionales— de una guerra, en la que tantos murieron, que libró a España del comunismo atezador de tantas naciones europeas. ¿Se entenderían hoy los versos de José María Pemán que glosan el final del libro y que, puede decirse, sintetizan cuanto escribe García Serrano?: «España me está doliendo / doliendo como un puñal. / El campo no tiene flores ni tiene Dios la Ciudad. / España, por si te sirve, / mi vida te quiero dar».

Termina el libro: con la reseña del homenaje que la «Comisión de Navarros en Madrid» rindió a Rafael García Serrano en mayo de 1983; con un artículo de Campmany, «R.G.S.»; y con un «Epílogo» de quien escribe esta reseña. El volumen está bien editado. Entre las escasas erratas observadas, una mayor: falta la «Glosa» a los cinco artículos sobre los desfiles militares de las páginas 169 a 178. Como esta «Glosa» la tuve yo antes de la edición puedo transcribirla aquí mismo. Había de ocupar la página 178, en blanco en el libro, y dice así:

GLOSA. Esta glosa a los desfiles militares —desde los de la niñez del autor hasta el gran desfile de la Victoria en 1939— encadena en el recuerdo los olvidos de hoy de tantos españoles: Que las glorias militares forman parte de la Tradición. Y, pues, la Tradición es el desfile, glorioso o triste, de muchos siglos de la historia de España, se hacen presentes los versos del poeta (MACHADO, Manuel: *Tradición*, «Horas de oro», Valladolid, 1938):

«¡Ay del pueblo que olvida su pasado  
y a ignorar su prosapia se condena!  
¡Ay del que rompe la falta cadena  
que el ayer al mañana tiene atado!

¡Ay del que sueña comenzar la Historia  
y, amigo de inauditas novedades,  
desoye la lección de las edades  
y renuncia al poder de la memoria!

.....

Nunca nada será que no haya sido.  
La palabra es 'volver'. La ingente gloria  
descansa en el poder de la memoria.  
La verdadera muerte es el olvido.

Recuerda y sigue. No se empieza nunca  
ni se acaba jamás. Continuamente  
entre ayer y mañana está el presente.  
¡Pobre de aquel que la cadena trunca!»

.....

«Vuelve a tu Tradición, España mía  
¡Sólo Dios hace Mundos de la nada!»

JAVIER NAGORE YÁRNOZ.

**Florentino del Valle, S. J.: SISINIO NEVARES, S. J.,  
REALIZADOR Y GUÍA EN LA ENCRUCIJADA  
SOCIAL DEL SIGLO XX (\*)**

Con motivo del Año de la Doctrina Social de la Iglesia, y dentro del plan diocesano de pastoral, la Caja de Ahorros del Círculo Católico de Obreros de Burgos, ha publicado una muy cuidada edición de la encíclica *Centesimus annus* de Juan Pablo II, un *Manual de Moral Social Cristiana* del que es autor don Gerardo del Pozo, profesor de la Facultad de Teología, y una biografía del P. Sisinio Nevares debida a la pluma del también jesuita, P. Florentino del Valle, continuador de las tareas apostó-

(\*) Publicaciones del Círculo Católico de Obreros y Caja de Ahorros del mismo, Burgos, 1992.